

Elena García

# Absolutamente única



**Elena García**  
Absolutamente única

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Elena García, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019, 2021

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2021

Depósito legal: B. 9.361-2021

ISBN: 978-84-08-24442-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

—¡Cadavérica, ¿dónde estás?!

—Otra vez no, por favor... —me digo mientras sujeto la puerta del baño con fuerza.

—Sabes que no puedes esconderte de nosotras, ¡desteñida!

Tamara y su grupo de amigas vuelven a la carga. Llevan meses haciéndome la vida imposible y, por más que me quejo a dirección, nadie hace nada. La única respuesta que obtengo es que ignore sus burlas y no les preste atención. ¡Como si eso sirviera de algo!

—¡Dejadme en paz! —grito.

—Lo sabía. Está aquí —oigo murmurar a una de ellas—. Es tan tonta que siempre se esconde en el mismo sitio. Apuesto a que está detrás de esta puerta. —Un fuerte golpe me sobresalta—. ¿A que sí?

—¿Por qué me hacéis esto? —pregunto impotente.

—¿Veis? —Risas—. Lo que os decía, es tan predecible que apesta.

—No entiendo vuestra actitud. Jamás os he molestado.

—Claro que lo haces —no me deja terminar—. Eres nauseabunda. Tu simple aspecto ya es una molestia visual para todos nosotros. Vuelve a tu planeta, marciana.

—Si tanto os disgusto, mirad para otro lado.

—La única manera de no mirarte es que no vuelvas por aquí. Eres repugnante.

Inspiro profundamente tratando de aguantar mis lágrimas. Cada vez se me hace más difícil soportar esta presión. Allá donde voy, siempre es lo mismo. Hoy es Tamara, pero en los anteriores centros lo fueron Rebecca, Alberto, el Perillas, La Susa... y una infinidad de personas más de las que ya ni siquiera recuerdo el nombre.

—Vamos a sacar al monstruo de su cueva.

Oigo como rasgan lo que parece una hoja de papel y, segundos después, percibo olor a quemado. Mis sospechas se confirman cuando una de ellas empuja un folio en llamas por debajo de la puerta y el baño se llena de humo.

Trato de apagarlo con los pies, pero, antes de conseguirlo, noto un repentino dolor en el brazo. Algo me está quemando. Con rapidez, sacudo lo que me causa el daño. Miro hacia arriba y veo caer varias hojas más, todas en llamas.

—¡Estáis locas! —Una bola de papel roza mi cabello y uno de mis blancos mechones cae al suelo—. ¡¡¡Parad!!! —chillo nerviosa—. ¡¡¡Parad!!! —Toso e intento abrir la puerta, pero ellas me lo impiden.

—¿Ahora sí quieres salir? —Ríen—. Deberías darnos las gracias. Estamos ayudándote con tu asquerosa piel. Seguro que después de esto coge un poco de color y no pareces tan desteñida. —Mientras termina la frase,

oigo el timbre y respiro aliviada. Deben irse. Ahora solo tengo que esperar a que todos entren en clase para volver al aula.

Tres minutos después, cuando todo ya está tranquilo, salgo del servicio y me dirijo al laboratorio. Hoy tenemos que hacer algunas pruebas allí.

Adoro mi carrera, pero me está costando mucho avanzar, y no porque no me guste estudiar; al contrario, siempre me refugio en los libros. El problema reside en que tengo que estar más centrada en esquivar gomas de borrar y bolas de papel que en las explicaciones de los profesores. Si esta situación ya de por sí es difícil, los minutos de descanso entre clase y clase son aún peores. A veces finjo ir al baño, como he hecho hoy, y no salgo hasta que vuelve a sonar la campana. Hago cualquier cosa con el objetivo de evitar a mis compañeros. Al final todos parecen encontrar un gracioso entretenimiento en humillarme y me han convertido en su diversión.

Mi vida social es muy difícil debido a mi aspecto. Desde que recuerdo, siempre he tenido serios problemas de aceptación en el colegio y, con los años, lejos de solucionarse, han ido empeorando. He cambiado en varias ocasiones de centro, con la esperanza de hacer amistades y empezar de nuevo, pero todo vuelve a ser lo mismo a las pocas semanas. Comienza burlándose de mí el gracioso de turno, y a los pocos días le siguen el juego los demás. Por culpa de esta situación, soy incapaz de centrarme en mis estudios y fracaso. Es increíble que ahora esté en una universidad... pues siempre tuve la esperanza de que, al llegar aquí, el abuso acabaría.

Nada más abrir la puerta, oigo las típicas risas y cuchicheos que tanto odio.

—¡Vanessa, mayonesa! —dice alguien, y el profe-

sor, lejos de intervenir, se limita a pedir silencio. Para ellos solo son bromas.

—¡Vanessa, la obesa! —Todos ríen. Bajo la mirada y camino rápido hasta mi silla. Siempre procuro sentarme en la parte de atrás. He notado que, en ese lugar, me molestan menos.

—Imaginemos un gen letal recesivo l frente a su alelo normal L. ¿Recordáis cuál es el genotipo que produce la muerte en esta especie? —Comienza la clase.

Conozco la respuesta, pero siempre tengo que privarme de participar, pues, en el momento en que me oigan, o haga cualquier cosa que les recuerde que estoy aquí, la poca paz que consigo algunas veces durante las explicaciones habrá terminado.

—¿Qué establece la ley de la segregación de los caracteres en la segunda generación filial? Responda, Vanessa.

Al oír mi nombre, me tenso. Sé lo que viene. Todos se giran esperando mi respuesta y, con disimulo, tapo mi cara.

—No se moleste, profesor —dice Tamara entre risas—, seguro que tiene la «*mente en blanco*».

Las carcajadas no se hacen esperar.

—Esta ley establece que, durante la formación de los gametos —respondo tratando de ignorarlos—, cada alelo de un par se separa del otro miembro para determinar la constitución genética del gameto filial.

—¡Eh, Casper! —Marcos me habla aprovechando que el profesor ya no mira. Definitivamente es el peor de todos, a veces incluso creo que no está bien de la cabeza. No entiendo cómo ha podido llegar hasta aquí—. Cuando determinaron tu constitución genética, además de separarse los alelos, se separaron tus pa-

dres. —Ríe mientras trato de ignorarlo. Cada vez me cuesta más mantener la calma, pero sé que, si replico, será mucho peor—. Tu aspecto espantó a tu familia y por eso nadie quiso hacerse cargo de ti.

Sus palabras me duelen, pero le hago creer que no me afectan. Si muestro debilidad, se ensañará el doble.

Hace meses alguien se enteró de que mi madre me abandonó cuando tenía seis años debido a mi condición y se dedicó a correr la voz por la facultad, dándoles otra razón más para atacarme emocionalmente. Estoy segura de que esa información salió de mi madre adoptiva. Cuando bebe, se le suelta demasiado la lengua, y aunque luego se arrepiente, el mal ya está hecho.

Estoy tan agotada y me siento tan mal que ya no me atrevo ni a defenderme. Incluso los profesores, de vez en cuando, hacen comentarios sobre mi aspecto en medio de clase, sin darse cuenta de que me están perjudicando... Una simple palabra suya es suficiente para que mis compañeros se sientan libres de ofenderme. Están esperando cualquier oportunidad para hacerlo y, si se une quien debería dar ejemplo, ya no hay forma de pararlo.

Me he planteado en diversas ocasiones dejar de estudiar. A veces fantaseo con irme a vivir sola a la montaña, en medio de la naturaleza..., donde estaría rodeada exclusivamente de vegetación. Si no fuera por todo lo que he tenido que luchar para llegar hasta aquí y que solo quedan tres meses para terminar la carrera, estoy convencida de que ya me habría ido.

He llegado a un punto en el que ya no sé quién soy, ni quién quiero ser. No tengo ilusiones. ¿De verdad es esto lo que busco? ¿Merece la pena tanto esfuerzo? Me siento inútil y sin ganas de nada. Me han condicionado



tanto la vida que soy incapaz de decidir por mí misma. A todo le encuentro problemas. Cada vez que imagino cómo será mi futuro, aparece gente en mi mente riéndose de mí haga lo que haga. Es lo que me han hecho toda mi vida y no conozco otra cosa.

Todas las mañanas, antes de salir de casa, me mentalizo y me engaño a mí misma haciéndome creer que la situación cambiará, y todos los días vuelvo llorando.

Cuando por fin acaban las clases, espero a que los demás recojan y comiencen a marcharse. Aunque pueda parecer lo contrario por mi demora, lo único que quiero es volver a casa cuanto antes, pero, hasta que no me aseguro de que ha salido el último de mis compañeros, no me muevo de mi sitio. La última vez que salí cuando lo hacían todos, me golpearon con tanta fuerza en la espalda que, para evitar chocar de lleno contra una de las taquillas, acabé con un fuerte esguince en una muñeca. Nunca supe quién lo hizo y, por más que los profesores investigaron, extrañamente nadie había visto nada.

## Capítulo 2

—¡Vane! ¡Aquí! —Miro a ambos lados de la calle al reconocer la voz y finalmente lo veo.

Andy, la única persona a la que puedo considerar mi amigo, está esperándome en el aparcamiento que hay frente a la salida. Lo conocí hace cuatro años en uno de los centros por los que pasé y, desde entonces, se convirtió en un pilar muy importante para mí. Hemos mantenido el contacto y nos vemos siempre que podemos. Es dos años menor que yo, pero nos entendemos tan bien que parecemos almas gemelas.

Andy sufrió algo parecido a lo que yo estoy viviendo, pero su vida cambió cuando decidió hacer lo que verdaderamente quería y no lo que le dictaban sus padres. Descubrió quién era realmente, dejó la carrera que estaba cursando y comenzó Arte y Diseño. Al poco tiempo, se enamoró de uno de los chicos que estudiaba con él, y su autoestima se vio tan reforzada cuando este le correspondió que, aunque todavía mucha gente sigue humillándolo por ser gay, prácticamente ha dejado de importarle. Admiro su fortaleza. Ojalá algún día llegue a ser como él.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto intrigada.

—He venido a despedirme, reina.

—¿Despedirte? —Arrugo la frente.

—Sí, mañana temprano tengo que volar hacia Londres...

—¿Londres? —pregunto de nuevo. Quiero saber qué se trae entre manos.

—Sí. —Sus ojos brillan—. ¡Una marca de ropa se ha interesado en mis diseños! —No puede contenerse más y choca sus palmas con rapidez.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —Mis ojos se abren desmesuradamente.

—¡Oh, sí, querida! —Bailotea dentro del coche—. Cada día estoy más cerca de alcanzar mi sueño.

—¡¡¡Sí!!! —grito apretando los puños—. ¡¡Lo sabía!! —Andy es realmente bueno en lo que hace. Estaba segura de que tarde o temprano comenzaría a recibir ofertas.

—Sube. —Se inclina sobre el asiento del copiloto y abre la puerta—. Te llevo a casa. Hoy hace demasiado sol y ni siquiera te has puesto la gorra.

Debido a mi trastorno genético, mi piel no me protege de las radiaciones solares y Andy lo sabe. Varias veces, estando con él, he acabado completamente quemada. Mi piel jamás se broncea, solo se enrojece y, cuando eso ocurre, es mala señal.

—Es culpa tuya —digo mientras me acomodo en el asiento—, me he emocionado al verte. —Saco unas gafas oscuras de mi mochila y me las pongo.

Lo bueno es que mis ojos no son tan sensibles a la luz como suelen serlo en las personas que sufren mi condición y tampoco he tenido problemas oculares, pero el sol, en algunas ocasiones, me molesta en exceso.

—¿Y cómo ha sido que se han puesto en contacto contigo? —indago mientras me abrocho el cinturón. Quiero saber más.

—Publiqué algunos bocetos de mis vestidos en mis redes sociales y alguien se fijó en ellos. Poco después, cuando accedí a mi correo, vi que tenía un mensaje de un usuario al que no conocía y, al abrirlo, me llevé la gran sorpresa. Intercambiamos teléfonos y finalmente hemos acordado vernos mañana. —Hace una pausa y se queda mirando al vacío. Juraría que aún no se lo cree—. ¡Estoy muy nervioso, Vane! —grita, asustándome, al tiempo que finge tirarse del pelo. Le ha crecido tanto en estas semanas que ya puede enredar sus dedos en él.

—Todo saldrá bien. —Río—. Ya verás... La única vez que recuerdo haberlo visto así fue cuando su chico se le declaró, y me consta que estuvo varios días sin dormir. Por aquel entonces, mi teléfono echaba humo a cualquier hora.

—Y tú, ¿qué? ¿Cómo ha ido la semana? —Cambia de tema.

—Puff... —exhalo sonoramente.

—Puff, ¿qué? —pregunta sin dejar de mirar la calzada. Ha entendido perfectamente mi respuesta, pero prefiere que le cuente más. Sabe que hablar de ello, en parte, me ayuda a desahogarme.

—Como siempre. Una mierda. —Acaricio la piel de mi brazo para calmarla. Todavía me duele la quemadura que Tamara y sus amigas me han hecho con el papel en llamas—. Lo único que quiero es terminar cuanto antes y esconderme debajo de una piedra.

—Ya falta poco, reina. Solo unas cuantas semanas más y habrás acabado.

—Es que no lo entiendo, Andy... —Niego con la cabeza—. ¿Cómo es posible que personas con veinte años o más puedan tener un comportamiento tan infantil? Cuando éramos críos, aún tenía un pase, pero estamos en la jodida universidad... ¿Qué sacan haciendo tanto daño?

—Oh, cariño... Ese tipo de comportamiento malicioso no tiene edad. Lo puedes encontrar en cualquier parte. Y, en las escuelas, institutos y universidades, al hacerse en grupo, es mucho más duro.

—Pero... ¿en la universidad? —insisto. No me entra en la cabeza.

—En la universidad es más común de lo que crees, solo que, por vergüenza, los acosados no lo denuncian. Lo que buscan los abusones es ejercer poder sobre los que consideran más vulnerables, sin importar la edad. Y, si lo logran, lo repiten hasta la saciedad. —Aprieta sus labios como si estuviera recordando algo malo—. Les gusta sentirse poderosos delante de los demás, por eso casi siempre lo hacen en pandillas. Conozco a varias personas que están sufriendo este tipo de abuso incluso en el trabajo.

—Pues menuda mierda... —respondo totalmente decepcionada.

—Tienes que encontrar la manera de que no te afecte, Vane. —Me mira durante un segundo—. Sé que es realmente difícil lo que te estoy pidiendo, pero es importante que, todo lo que te digan, te entre por un oído y te salga por el otro.

—Como si solo fuera verbal... —suelto entre dientes.

—¿Cómo? —No contesto y continúa—: Cuando termines la carrera, todo será mucho más fácil, más

llevadero. Siempre habrá algún gilipollas que le ponga la guinda al pastel, pero ni por asomo será como ahora.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cuándo regresarás a España? —Cambio de tema y sus hombros parecen relajarse. A veces ya no sabe qué más decirme para hacerme sentir mejor.

—Quiero estar de vuelta en tres días. Me gustaría alargar el viaje un poco más para hacer turismo, pero recuerda que viene a la ciudad mi fotógrafo favorito y no me lo perdería por nada. —Sus ojos brillan—. Me ha costado mucho conseguir pases VIP para acudir a su exposición. —Adora a ese hombre. No lo conozco, pero siempre que lo nombra suspira como una púber en el concierto de su ídolo—. Si tan solo lograra que Jonathan Giovanni fotografiara uno de mis modelos..., sería el hombre más feliz de la tierra. Todo mi esfuerzo habría merecido la pena y por fin podría sentirme realizado. —Vuelve a mirarme—. ¡Tengo que hablar con él como sea!

—Qué exagerado... Pareces un fan loco. —Me carcajeo.

—Es lo que soy. —Ríe conmigo—. Oye, Vane —su expresión cambia a una más seria—, tengo que contarte algo... —Arrugo la frente y lo miro extrañada.

—¿De qué se trata? —inquiero rápidamente.

—Ayer por la tarde encontré a tu mami tirada en el suelo del parque que hay cerca de la cervecería.

—Cuéntame algo que no sepa... —digo con rabia—. Últimamente es lo único que hace. Sale de casa por la mañana y regresa por la noche. Su adicción está cada vez peor, y ya no sé qué más hacer, ni a dónde acudir con ella.

—Quizá deberías volver a internarla en uno de esos centros...

—Es inútil, Andy. Se escaparía de nuevo. Mi abuelo y yo hemos hecho de todo para ayudarla. Hemos llamado a todas las puertas que conocemos, pero el principal problema es que no admite que tiene una adicción y, siempre que tratamos de hablar con ella, a mi abuelo lo echa de casa y a mí me llama desagradecida. Si no quiere dejarlo, de nada sirve que la obliguemos. En cuanto acabe la terapia, volverá a agarrar la botella.

—Ahí tienes razón, pero me da mucha pena verla así.

—Pues imagínate a mí. Es un sinvivir continuo. Me acuesto muchas noches de madrugada esperando que vuelva y otras salgo a buscarla por temor a que muera de hipotermia o ahogada en su propio vómito. —Inspiro profundamente—. Siempre había sido una mujer que podía con todo, y ahora todo le puede.

—Debió de ser muy duro para ella tener que pasar por aquello.

—No solo fue duro para ella. —Giro el cuello y miro por la ventana.

—Sí..., bueno... —No sabe qué decir.

—Siempre me ha acompañado la sensación de que ella hubiera preferido que...

—Chist... Ni se te ocurra decirlo.

—Es la verdad —protesto.

—No es la verdad. Es lo que tú crees.

—Ojalá me equivoque —insisto.

—Vane —me riñe—, fin de esta conversación, ¿de acuerdo?

—Ok —contesto secamente.

—Ahora volvamos a hablar de Jonathan Giovanni.

—Me guiña uno de sus bonitos ojos verdes y el resto del camino se hace más ameno.

Andy no es un hombre excesivamente guapo, pero sí tiene algo que llama la atención y hace que todos lo miren. Siempre bromeamos sobre ello, pero todavía no hemos descubierto qué puede ser. Él lo llama *sex-appeal*; yo, carisma. Es tan vivo, enérgico y eléctrico que va dejando estelas de optimismo allá por donde pasa, y estoy segura de que eso es algo que los demás también perciben.

Nada más llegar, me despido de él y le hago prometerme que me llamará en cuanto pise Londres. Mientras se aleja, meto la llave en la cerradura y cruzo los dedos para no encontrarme nada raro. Últimamente mi madre ha empezado a traer hombres a casa, de los que pasadas unas horas ni se acuerda, y tengo que ser yo quien los invite a marcharse.

—¡Hola, *Copo*! —*Copo* es mi gato y, siempre que me oye, viene a recibirme. Tiene el pelo tan blanco como el mío y por eso decidimos llamarlo así. Mi madre me lo regaló cuando tenía diez años, con la intención de que no me sintiera tan sola, ni tan diferente, y la verdad es que funcionó. Desde que vive conmigo, el momento más feliz del día es entrar por la puerta y encontrármelo—. ¿Cómo está mi niño? —Rasco su suave cabecita y comienza a rozarse contra mis piernas, impidiéndome caminar. Tiene tantas ganas de mimos que puedo deducir que lleva varias horas solo—. ¿Dónde está mamá? —le pregunto como si pudiera entenderme y, por supuesto, me ignora. Se dirige elegantemente hacia su plato y espera a que le ponga la comida. Mientras lo hago, ronronea desesperado. Lleno el otro cuenco con agua fresca y me voy a mi habitación.



A medio pasillo me doy cuenta de que hay varias gotas oscuras en el suelo. Me inclino para ver de qué se trata, y mi estómago se encoge cuando descubro que es sangre.